

CERVANTES Y LA IGLESIA

En el capítulo IX de la segunda parte de *El Quijote*, narra Cervantes la entrada a media noche de Don Quijote y Sancho en El Toboso en busca del imaginado palacio o alcázar de Doña Dulcinea: "...Guió Don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía de sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo: - Con la iglesia hemos dado, Sancho – Ya lo veo, respondió Sancho." Cervantes no dice "con la Iglesia hemos topado", sino dado. Por consiguiente, lo de "topado" es un tópico que se ha hecho popular y recurrente, pero que no fue escrito por Cervantes. Además, el texto y el contexto del capítulo se refiere exclusivamente a la iglesia como edificio y no hay el menor atisbo de que "en su fuero interno" estaba pensando o criticando a la Iglesia Institución. Don Miguel, que sabía de cautiverio y de cárceles, no tuvo reparos de criticar incluso al Rey, como vemos en el capítulo XXII de la primera parte, en el famoso relato de los galeotes. Por tanto, no fue lo suyo la doblez ni las ocultas intenciones. Ya en vida, uno de sus enemigos le acusó de ser "un hábil hipócrita", que Astrana Marín desmiente rotundamente: "Ni en su vida ni en su obra se descubre la menor hipocresía de Cervantes". Teniendo como punto de partida su sinceridad, veamos los hechos y los dichos de Cervantes que avalan sus creencias cristianas, su respeto y agradecimiento a la Iglesia y su amistad con obispos y clérigos.

En la Iglesia Católica se fundaron Ordenes religiosas para la liberación de cautivos, siendo las más importantes la de los mercedarios y la de los trinitarios. Pues bien, gracias a la mediación de los frailes de estas Ordenes, Miguel salvó la vida y luego fue rescatado del cautiverio de Argel. El mercedario fray Jorge del Olivar consiguió salvarle la vida después del frustrado intento de fuga, y los buenos oficios de los trinitarios fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella hicieron posible el rescate. Miguel permaneció hasta su muerte agradecido a sus libertadores. Sobre fray Jorge escribió un elogioso memorial al Papa, conjuntamente con los otros 17 compañeros redimidos, en el que se dice: "...tan pronto, tan agente, tan fácil era y se mostraba, que a su cristiana caridad y diligencia continua le debemos que muchos se librasen de la dura y penosa servidumbre". Y en el lecho de su muerte, Cervantes tendrá especial recuerdo de agradecimiento a la Orden de la Trinidad y al arzobispo de Toledo. En efecto, dos arzobispos protegieron a Cervantes: Don Fernando Niño de Guevara, de Sevilla, para quien escribió la novela ejemplar "El celoso extremeño" y, sobre todo, el de Toledo Don Bernardo Sandoval y Rojas, quien cada año repartía más de 70.000 ducados en limosnas. Para don Miguel señaló una paga diaria porque "le parecía que socorrer a los hombres virtuosamente ocupados, era limosna digna del Primado de las Españas". En el "Prólogo al Lector" de la segunda parte del *Quijote*, don Miguel agradecido exclama: "Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas..." En los años que vivió en Madrid, Cervantes y su mujer Catalina estuvieron hospedados gratuitamente en casa de su amigo el clérigo coquense, licenciado Francisco Martínez Marcilla, en la calle León, esquina a la de Francos. El 17 de abril de 1609, Cervantes fue recibido en la "Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento", a la que pertenecieron también Quevedo, Espinel y Lope de Vega. Afirma Navarro y Ledesma que "Cervantes era esclavo del Santísimo Sacramento y lo era por su gusto y quizá también por gratitud y amistad a los padres trinitarios, sus redentores en Argel". En el Libro de asientos de la

Cofradía se lee que Cervantes es, entre los 400 hermanos, uno de los 30 que se distinguieron por su asiduidad a los actos religiosos. En 1613 se hizo miembro no profeso de la “Venerable Orden Tercera de San Francisco” en Alcalá de Henares, su ciudad natal. El 2 de abril de 1616 profesa como hermano, viendo que se acercaba su muerte. Sus últimos días fueron ejemplares, como sus novelas. Demostró que era un hombre de fe profunda, un cristiano convencido, un católico practicante. Se despidió de los suyos con las memorables palabras: “Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que me voy muriendo y deseando veros presto contento en la otra vida” Recibió consciente los Santos Sacramentos y encargó Misas por su alma. Lo leemos en la partida de Defunción: “El 23 de Abril de 1616 años murió Miguel Cervantes Saavedra, calle de León. Recibió los Santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco López; mandóse enterrar en las monjas Trinitarias; mandó dos misas de alma y las demás a voluntad de su mujer, que es testamentaria y el Licenciado Francisco Martínez, que vive allí” (Archivo de la Parroquia de San Sebastián, folio 270)

Al entierro le acompañaron sus pocos amigos y los hermanos Terciarios de San Francisco. “Y para que el agradecimiento le siguiese hasta la misma tumba pidió que le enterrasen en las Trinitarias”.

Estos son los hechos y, consecuentemente, los dichos concuerdan con ellos. Profesó su fe y amor a la Iglesia sin reparos. Y lo hizo por boca de sus inmortales personajes Don Quijote y Sancho. El primero declara solemnemente en el capítulo XIX de la primera parte: “...yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy...” El testimonio de fe de Sancho se lee en el capítulo VIII de la segunda parte: “...y cuando otra cosa no tuviese, sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana...” En este mismo capítulo le dice Don Quijote a su escudero: “así, ¡oh Sancho!, que nuestra obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos”. Y acerca del matrimonio cristiano, conviene leer íntegro el capítulo XXXIII de la primera parte, que narra el diálogo de Lotario y Anselmo. Citamos aquí una sola frase, que no olvidemos la escribió Miguel de Cervantes: “Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace más en los buenos casados, que aunque teniendo dos almas no tienen más de una voluntad”

(Mayo, 2005)